

qué posición social. Conforme el campo es más autónomo, más trabajo cuesta reconvertir el capital económico, cultural y social en capitales eficientes dentro del campo. Por ello, un campo autónomo no milita por la reproducción del orden social, sino que de algún modo subvierte los poderes que dominan en el espacio social global. A más autonomía, más derecho de entrada; más precio que pagar, por tanto, para reconvertir los capitales de origen. Por ello, el campo del poder es el lugar de disputas constantes entre el polo del poder económico y el polo del poder cultural; es la razón, además, por la que los intelectuales, de forma ambigua, tienden en ocasiones a identificarse con los dominados económica y socialmente. De este modo, establecen alianzas contra un poder económico que amenaza las fuentes precarias de su autonomía. Sádaba concluye que las teorías de Kant y Bourdieu son el producto de las sociedades en las que escribieron ambos (p. 195): Bourdieu sería una especie de pesimista preocupado por la mercantilización del arte —¡qué manía en leer a Bourdieu como si fuese Adorno o Debord!—, mientras Kant es un hijo de la atmósfera ilustrada. Quizá sea cierto, quizá no (a mí me suena a un sociologismo un poco vulgar), pero al lector que ha recorrido a Bourdieu le parece que habría que administrar la prueba de semejante afirmación con más cuidado del que lo hace Igor Sádaba y con un comentario más ceñido a los textos pertinentes de Bourdieu (que incluirían

Las reglas del arte, así como los múltiples artículos que Bourdieu consagró al tema) y menos a textos *sobre* Bourdieu o a tópicos acerca de él dichos por aquí y por allá. El libro se cierra con una aplicación muy ingeniosa del léxico de Bourdieu al comentario de un texto de Yasmina Reza titulado *Arte*. Sería mucho decir, en mi opinión, que Rafael García Alonso consiga con ello construir un documento sociológico —«bourdiesiano» o no— convincente.

José Luis MORENO PESTAÑA

Bourdieu no ha muerto

P. Bourdieu

Las estructuras sociales de la Economía

(Barcelona, Anagrama, 2003)

En el momento de su reciente fallecimiento a los 71 años (23 de enero de 2002, un poco antes que Gadamer, que murió dos meses después, con 102 años), Pierre Bourdieu era, sin lugar a dudas, una figura indiscutible de la sociología mundial¹. Su muerte ha dado lugar a

¹ En la encuesta *Books of the century*, realizada por la ISA (International Sociological Association), en la que se eligen los libros más influyentes de la sociología mundial, Bourdieu alcanza con *La Distinción* el sexto puesto, tras dos libros de Weber, uno de Wright Mills, uno de Merton y otro de Berger y Luckmann.

dos movimientos simultáneos en la industria editorial: por un lado, la aparición inmediata de una serie de estudios sobre su sociología² y, por otro, el rescate y la edición de antiguas investigaciones, conferencias (*Lección sobre la lección o El oficio de científico*, p. ej.) y seminarios impartidos por él mismo. Este libro, *Les structures sociales de l'économie*, que en Francia se publicó en el 2000 y aquí ha llegado con tres años de retraso, pertenece a ese segundo grupo de escritos, textos o charlas a los que se dedicó nuestro autor antes de morir. Realizada con un amplio equipo de colaboradores, la investigación que lo compone data de un periodo que recorre las décadas de los ochenta y noventa, años antes de que el cáncer se lo llevara.

Un primer hecho sorprende a los lectores de algunos libros de Bourdieu. Al igual que en *La distinción* o en *La miseria del Mundo*, a nivel narrativo, el texto es una combinación de trabajo empírico y de ensayo teórico, de práctica investigadora y de reflexión sesuda. Esta pretensión de combinación teórico-práctica hace del libro un cóctel de tablas, sentencias generalizantes, gráficos, teorizaciones y abstracciones, artículos sobre el campo económico, fragmentos de entrevistas, planos y mapas, caracterizaciones del mundo burocrático, indagaciones analíticas, anuncios y propaganda inmobiliaria, antropolo-

gía económica, descripción de convenciones y congresos, estudios del mundo empresarial, estadísticas, etc. Todo ello tiene la consabida virtud de mostrar las intimidades del proceso investigador y de robustecer empíricamente las aseveraciones más arriesgadas, pero también corre el riesgo de convertirse en una exposición algo oscilante y enredada, sin un hilo claro que conduzca las argumentaciones. El libro, en ese sentido, parece en ocasiones una ensalada o una mezcla de fragmentos de investigaciones y escritos que alguien ha montado posteriormente como un *puzzle* con la intención de publicar.

Por otra parte, si algo no se le puede achacar a Bourdieu es no tener un sistema coherente y acabado, un «programa sociológico» o un paradigma teórico-empírico bien trabado. Una doble articulación teórica o pinza sociológica permite al francés abordar un estudio de caso sobre la vivienda en Francia. La demanda de viviendas es para Bourdieu el resultado de disposiciones incorporadas (*habitus*) en los compradores y que se componen de diferentes proporciones de capital económico, capital simbólico y capital cultural. La oferta de las mismas es, idénticamente, producto de un conjunto de posiciones de mercado (*campo*) en el que las empresas se sitúan y compiten. De alguna manera, la aplicación mecánica y repetitiva de dicho enfoque ha

² Por ejemplo, en castellano: J. Noya, *Cultura, desigualdad, reflexividad. La sociología de Pierre Bourdieu* (La Catarata, 2003); A. B. Gutiérrez, *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu* (Tierradenadie, 2002); F. Vázquez, *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón* (Montesinos, 2002); Louis Pinto, *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social* (Siglo XXI, 2002); revista *Archipiélago*, n.º 51 (2002), etc. No perderse tampoco el ajuste de cuentas que hace la derecha francesa en *Le savant et la politique: essai sur le terrorisme sociologique de Pierre Bourdieu*, de Jeannine Verdès-Leroux (Grasset et Fasquelle, París, 1998), que en inglés se ha traducido como *Deconstruction Pierre Bourdieu: Against Sociological Terrorism from the left* (Algora, New York, 2001).

proporcionado a Bourdieu grandes éxitos de ventas y valiosos trabajos empíricos para la sociología mundial.

En otro orden de cosas, no podemos dejar de mencionar que el estudio de caso elegido flaquea por un lado que ya le fue sugerido a Bourdieu en otros momentos, y es su dudosa validez externa. Bourdieu toma el todo por la parte, haciendo una «sociología de las clases medias en la Francia actual», lo que recorta las posibilidades de generalización a otros momentos o geografías. Los objetos de estudio en los que centra su mirada, idénticos al consumo de arte y cultura en *La distinción*, son siempre las clases acomodadas o los ciudadanos medios con aspiraciones de la Francia contemporánea, sujetos obsesionados con la ostentación, la acumulación de electrodomésticos de diseño y el consumo de estatus. Pero la extrapolación del diagnóstico obtenido no resulta tan sencilla en otras latitudes o contextos históricos que ignoran otro tipo de factores (mercado de trabajo, culturas que no distinguen, consumos no competitivos o no consumos, etc.). Otro dardo envenenado que ha recibido Bourdieu con frecuencia es el estigma de estructuralista exacerbado³, acusación que llevaba con peso y que intentaba sacudirse en cada nuevo escrito. De hecho, en este libro vuelve a tratar de definir por enésima vez la idea de *habitus* como concepción superadora tanto de los suje-

tos vicarios e inanes como de las acciones individuales ingenuamente libres. Si lo consigue es ya valoración de los lectores, y quien esté familiarizado con tales debates puede sortear estas disquisiciones y pasar a otros menesteres más apasionantes.

Críticas o debilidades aparte, el libro tiene dos partes especialmente meritorias por su acabado ornamental: i) la descripción del campo burocrático y los sistemas de la Administración francesa, con la composición de un mapa de posiciones de burócratas y correspondencias estadísticas entre ellos, y ii) el análisis de las entrevistas entre compradores y vendedores de viviendas, entendidas como estrategias, juegos de seducción y poder y relaciones de fuerza. Ambas secciones destilan profundidad e ironía y se echan de menos en los estudios de carácter sociológico que pasan comúnmente por nuestras manos.

No obstante, hechas estas apreciaciones introductorias, el estudio del mercado de viviendas unifamiliares en Francia es, en este caso, una «excusa sociológica». Es el escaparate o la disculpa para la inmersión en algo más profundo y más interesante desde la teoría social: el campo económico. Así que toda la investigación no es sino un pretexto para adentrarse en el intrincado mundo económico, desentrañar discursos y desnaturalizar comportamientos aprendidos⁴; fundamentalmente para lle-

³ Ver, por ejemplo: Jeffrey Alexander, *Fin de Siècle Social Theory: Relativism, reduction and the problem of reason*, Oxford, Blackwell.

⁴ Algo que ya comenzara tiempo atrás. Ver, en este caso: *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 119, sept. 1997.

gar a dos cuestiones básicas. Por un lado, hacer una crítica de la abstracción ilusoria de los postulados de la economía clásica (liberal), auténtica mitología moderna. Por otro, como consecuencia del primero, señalar que sociología y economía constituyen, realmente, una única disciplina; ambas estudian (como diría Durkheim) los «hechos sociales», entre los que se incluyen las transacciones económicas como un caso particular. La recurrente pretensión de lo económico de emanciparse y autonomizarse del resto de saberes, esgrimiendo supuestas metodologías científicas o epistemologías naturales y singulares (matemáticas, estadísticas, econometrías, teorías de la elección racional, etc.), esconde un ansia de legitimación oscura. Los economistas, como los teóricos de otras disciplinas, han buscado siempre una demarcación propia sobre la que justificar su dominio intelectual y apuntalar sus dogmas neoclásicos como cuestiones objetivas. Frente a la eterna compartimentalización de las disciplinas, Bourdieu reivindica aquí no ya los vasos comunicantes entre ellas, sino la ficción de sus fronteras; fronteras funcionales a las aspiraciones de monopolio sobre determinados objetos teóricos y empíricos («sólo el economista puede opinar de economía»). De esta manera, el camino elegido por Bourdieu (las políticas de vivienda en Francia) muestra de forma cruda que categorías como «oferta», «demanda», «mercado», «comprador» o «vendedor» son construcciones sociales e históricas, producto de complejos cruces de variables e interacciones dentro de la «ciencia económica». Ello le lleva a la simple conclusión de que «la economía necesita de las explicaciones sociológicas», ya que es incapaz de dar cuenta del mundo donde habita por sus

limitadas hiperacionalizaciones y cuantitativismos. La «ideología liberal» ha conseguido extender el engaño de que lo económico constituye una ciencia propia, autónoma, de reglas únicas, separada de lo social. Siguiendo a los Marx, Polanyi, Weber o Augé, Pierre Bourdieu se lamenta de la aceptación silenciosa y callada que practican los mismos sociólogos de la división intelectual entre lo social y lo económico en vez de hacer una génesis de esa parcelación y diferenciación. Una asignatura pendiente que habrá que aprobar algún día, evitando ese complejo de inferioridad que la sociología tiene con su hermana mayor.

En general, en este libro Bourdieu busca demarcarse tanto de una concepción mecanicista de la economía como del interaccionismo aislado y mal entendido (que él sitúa en los trabajos bienintencionados, pero errados, de Mark Granovetter), tratando de no presuponer *a priori* racionales al comportamiento social. El *homo oeconomicus*, construido por la ortodoxia económica y por las malas versiones de la sociología económica arrastradas por el «intelectual-centrismo» (víctimas de la *falacia escolástica* que consiste en atribuir a los sujetos sociales pensamientos o motivaciones que pertenecen al científico social), es un «monstruo antropológico» a desterrar de las ciencias sociales. Ésta es la verdadera enseñanza que busca transmitir Bourdieu, dando un paso más en su elaboradísima y sugerente teoría de la acción social. Una vez más, el francés desata lo atado y visibiliza lo invisible. Nos quedaría por apuntar que lo que le falta por decir a Bourdieu no es que las teorías de la elección racional y el individualismo metodológico (con todos sus supuestos antropológicos y epistemológi-

cos) son sutiles mentiras y deformaciones de una supuesta realidad-objetiva-sociológica (colocando, entonces, a la sociología en el pedestal del que trata de bajar a la economía y recurriendo a un tono muy moralizante), sino los instrumentos para una construcción técnica de la economía. Es decir, una facultad preformativa mediante la cual los expertos, adiestrados en las liturgias económicas, edifican ladrillo a ladrillo ese mundo que nos es, a veces, tan extraño y llamamos economía. Baste decir que, críticas aparte, con este volumen recuperamos y hacemos revivir (temporalmente, en nuestra lectura) algunas aportaciones sociológicas del mejor Bourdieu.

Igor SÁDABA RODRÍGUEZ

Salvador Giner

Teoría sociológica moderna

(Barcelona, Ariel, 2003)

La historia de cualquier disciplina científica se va construyendo sobre la acumulación de conocimientos, sometidos constantemente a la posibilidad de confirmación o refutación. Ninguna aportación teórica que pretenda perdurar en el tiempo puede verse libre de su cuestionamiento por parte de nuevas contribuciones. Al mismo tiempo, no es posible comenzar la labor investigadora sin tener en cuenta las teorías precedentes. Esta dialéctica entre conocimientos afianzados y nuevas líneas de investigación

es la que permite el avance sólido de una disciplina como la sociología. Si despreciamos las teorías que nos preceden, no sólo nos hallamos ante el riesgo de tildar como hallazgo novedoso lo ya suficientemente comprobado, sino, lo que es peor, de hacer proposiciones vacías de contenido (al menos en lo que a posibilidades de generalización se refiere), que se remiten a meros datos empíricos inconexos.

Una buena teoría sociológica debe contribuir a superar los riesgos y trampas a los que se enfrenta el investigador social ante la ausencia de un suficiente bagaje teórico; en este sentido, la obra de Salvador Giner va algo más allá en relación con algunos puntos ante los que me detendré a continuación.

El primero de ellos tiene que ver con la fecha simbólica (1920) escogida como punto de partida del libro, coincidente con la muerte de Max Weber. Sin duda, no se trata de una coincidencia casual, sino de un tributo a la tradición teórica y metodológica que inaugura el genial sociólogo alemán, y cuyo poso puede ser apreciado en la mayoría de los autores y capítulos de esta compilación. Esta apuesta por la tradición weberiana, con la que Giner abre la introducción del libro, nos remite a algo que vuelve a poner de manifiesto en el capítulo que él mismo firma en la primera parte de la compilación, a saber: el peligro de una «banalización sociológica del mundo», apoyada en lo que el autor denomina como «sociologismo difuso». Contra ambos se debe situar la tradición sociológica más seria y, como antídoto, qué mejor que un paseo perfectamente orientado por todo un conjunto de teorías sociales desarrolladas a lo largo del siglo xx.